

LO PÚBLICO Y LO PRIVADO (*)

POR

JEAN DE SAINT-CHAMAS

Esta tarde sólo he podido sacar algunas frases de los «dossiers» de la pantalla. En ellos figuraban unas preguntas formuladas a esta pequeña mujer británica, instalada en las Indias y a la que se llama Madre Teresa, quien desde hace más de treinta años recoge a los abandonados, a los enfermos, a los que están muriendo.

Una pregunta planteada por un telespectador me ha chocado particularmente: «¿Por qué, Madre Teresa, cumple Vd. tareas que deberían estar a cargo del gobierno de la iniciativa pública? ¿Y por qué los poderes públicos la dejan hacer?». La apariencia banal de estas preguntas revela hasta qué grado de inversión cívica pueden caer algunos de nuestros conciudadanos.

De esta forma, para ellos, el cuidado de los pobres es misión que dependería esencialmente de los poderes públicos, hasta tal punto de resultar sorprendente que una iniciativa privada se mezclase en ello.

Estamos acostumbrados de tal manera a que el Estado asuma todas las tareas de «solidaridad» que no nos imaginamos que pueda ser de otra forma.

Pero, ¿se ha planteado alguien alguna vez la pregunta de saber cómo se iniciaron esas funciones que hoy nos parece tan natural que estén regentadas por instituciones públicas?

Podríamos hacer un inventario detallado y no encontraríamos

(*) Publicado en C. E. E. *Information*, núm. 46.

casi ninguna que no hubiera tenido su fuente primaria en iniciativas privadas.

El desarrollo de nuestra civilización aparece ligado al de las iniciativas privadas en todos los campos del saber, del arte, de la solidaridad, de la previsión y, por supuesto, de la economía.

Históricamente, la era cristiana debía dar un empuje sin precedentes a las iniciativas privadas, aportándoles una justificación fundamental.

El saber, y con él el poder de iniciativa, ya no sería el privilegio de una casta de sabios ni una gnosis para los iniciados. La misión de «predicar a toda criatura» se convertía en programa y misión universal, puesto que *toda persona humana debe dar pruebas de iniciativa personal* en cuanto sus medios se lo permitían. He aquí la nueva civilización cuyos efectos se extendieron progresivamente a todos los ámbitos de la vida.

Fruto de la iniciativa privada, las *escuelas* se extenderían progresivamente en todo el occidente; las escuelas fueron obra de los monasterios y de los municipios antes de que existiera el Ministerio de Educación.

Fruto de la iniciativa privada fueron los esfuerzos para crear unas *condiciones de trabajo* más justas, empezando por la desaparición progresiva de la esclavitud y los perfeccionamientos ulteriores: hasta el punto de que nuestra actual legislación del trabajo no contiene casi ninguna regla protectora que no sea la puesta al día de lo que en el curso de los tiempos habían realizado las asociaciones de profesiones y oficios, corporaciones y hermandades.

Fruto de la iniciativa privada fueron los esfuerzos para el desarrollo de las artes y las técnicas de *producción*, para la protección de la *salud*, para la creación de hospitales, orfanatos, hospicios, mutuas y seguros.

Fruto de la iniciativa privada fueron la mayor parte de los grandes viajes de *exploración*, de *misión*, de *comercio* que han hecho algo así como agrandar el mundo hasta sus dimensiones actuales, así como los grandes descubrimientos, e igualmente los descubrimientos más modernos de la ciencia y de los oficios.

Fruto de una iniciativa privada han sido la mayor parte de los *grandes trabajos* que modificaron nuestro Occidente, roturando y poniendo en cultivo, en regadío y hasta construyendo carreteras y puentes.

Concretándonos a las obras de solidaridad y beneficencia, nos hemos acostumbrado a que el Estado regule el cuidado de la salud, de la vejez, de diferentes enfermedades, intervenga en casos de calamidades públicas, hasta subvencionar a los «siniestrados» por el mal tiempo o el buen tiempo.

Pero, ¿se recuerda todavía que casi *todas esas instituciones tienen su origen en instituciones privadas?*, ¿que el seguro de enfermedad, la caja de paro, los subsidios familiares, los retiros, los orfanatos, las guarderías, los asilos de ancianos han existido en diversas formas de iniciativas privadas, que han sido lanzados, organizados, dirigidos, dotados a veces, durante generaciones sin el menor concurso público y que hoy no tendríamos ciertamente ninguna de estas instituciones si el *Estado no se las hubiera encontrado ya hechas*, si no hubiera tenido más que instalarse en los caminos trazados de antemano? Es preciso señalar, además, que subsisten muchos organismos privados, que se crean sin cesar otros nuevos a medida de las necesidades, que las iniciativas privadas continúan abriendo camino para lo que debe emprenderse. Debemos sentirnos obligados a destacar que *cuanto más invade el Estado*, por su suplencia universal, *más extrañas parecen las iniciativas privadas*. Se instaura la costumbre de recurrir al Estado, que se instaura en todos los niveles, es la solución del «no hay más que» del hombre de la calle, o la insistencia del C. N. P. F. para que se transfieran los subsidios familiares a la competencia exclusiva del Estado; es la extrañeza de un estudiante recientemente enterado de que los maestros de las escuelas privadas no habían sido siempre remunerados por el Estado. La ignorancia ha llegado a ser total acerca de los esfuerzos realizados por decenas de generaciones para asumir personalmente los costes de la educación como los de la salud, de los retiros, etc.

Una situación así es muy grave.

Es la *amenaza directa contra el sentido cívico*; de ese sentido

cívico que comienza por el esfuerzo necesario para asegurar la propia seguridad y que puede llegar hasta alcanzar la dedicación de Madre Teresa.

Este sentido del esfuerzo necesario, tanto en las solidaridades más elementales como en las más extensas, siempre continúa siendo necesario. Si no se cumple de forma voluntaria, deberá hacerse a la fuerza, porque de un modo o de otro es necesaria una suma de esfuerzos para que una nación asegure, por lo menos, su «nivel de vida».

Conocimos a un obrero anciano a quien sus nietos rodeándole le decían: «Abuelo, has trabajado tanto que ya te has merecido el paraíso», y el viejo les respondía, volviendo a coger su herramienta, «Sí, yo *me* lo he ganado».

Se comprende cuánta riqueza, dinamismo y civilización contiene esta reflexión «*me* lo he ganado».

Si yo *me* lo he ganado, seguro que yo no espero el paraíso ni del partido ni de nuestros profetas de sociedades post-industriales, ni de nuestros fabricantes de proyectos prometidos, ni de los mañanas felices.

Si yo *me* lo gano, mi salario es, sin duda, mi seguridad personal, pero también el honor de haber educado una familia, servido a mi prójimo y dejado una herencia material y moral que, evidentemente, podrán aumentar.

Muchas generaciones de hombres de este talante *construyen una civilización*: Sus iniciativas privadas cubren enseguida terrenos que ningún plano, ningún modelo de sociedad, hubiera jamás imaginado, ni, desde luego, realizado.

Y una sociedad de hombres y mujeres que dejan la escuela con alma de jubilados, asegurados contra todo acontecimiento, es una sociedad que consume más de lo que construye, una sociedad que se empobrece.

Es urgente devolver a los hombres el sentido de las iniciativas privadas y responsables. Una sociedad en la que dominan las iniciativas privadas produce más de lo que gasta, es una sociedad que se desarrolla, una sociedad civilizada.